

# EL MANUSCRITO DE LA CATEDRAL



EL MANUSCRITO  
DE LA  
CATEDRAL

Alberto Alonso Poncela

**Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.**

**© Editorial C&M  
© Alberto Alonso Poncela  
E-mail: [alconfamilia@hotmail.com](mailto:alconfamilia@hotmail.com)**

**EDITA: EDITORIAL C & M  
Torneo Parque Empresarial  
Avda de la Arquitectura, nº 1  
Torre 6 Planta 8 Módulo 7  
41015 Sevilla  
Teléfono: 954 946 908  
e-mail: [info@editorialcm.com](mailto:info@editorialcm.com)  
[www.editorialcm.com](http://www.editorialcm.com)**

**ISBN: 978-84-93616-73-1  
Depósito legal: SE-6239-07**

**1ª Edición  
Sevilla, Noviembre de 2007**

*A mi mujer, cuya dedicación, esfuerzo y ánimo empleados en que esta obra vea la luz, me han proporcionado un nuevo hijo producto de su amor.*



## Prólogo

En ésta su segunda novela, “El Manuscrito de la Catedral”, Alberto Alonso Poncela construye un apasionante relato de intriga policíaca en torno al fascinante y oscuro mundo de las llamadas sociedades secretas y su implicación en los poderes reales.

A partir de unos sorprendentes pergaminos descubiertos por el Padre Venancio en la Catedral Vieja de Cartagena, como resultado de su infatigable labor de investigación sobre la expansión del cristianismo por Occidente, posiblemente a través de la Carthaginense —la provincia más importante de la Hispania romana—, el autor va dando forma a la trama de este verdadero “thriller” en el que, al hilo de las indagaciones policiales, iniciadas como consecuencia de una serie de misteriosas muertes relacionadas con el descubrimiento de la Catedral, va desgranando las claves sobre la implantación de determinadas sociedades de carácter oculto y de su arraigo como auténticos grupos de poder, tanto político como religioso, en el entramado social de la España del final de la década de los años cincuenta.

Alberto Alonso Poncela tiene la virtud de aunar su experiencia como procurador de los tribunales en ejercicio con la de estudioso de las sociedades de naturaleza hermética en un hermoso y sobrio estilo literario, capaz de transmitir al lector las costumbres y la psicología de sus personajes con la fidelidad propia de la mejor de las novelas realistas. Resulta obligado, en este sentido, hacer mención especial de aquellos pasajes en los que describe magistralmente los escenarios sobre los que la acción transcurre: Cartagena, Murcia,

Cabo de Palos, La Manga del Mar Menor..., donde se alcanzan momentos de sorprendente realismo y belleza plástica.

Asimismo, no es baladí resaltar el acierto de la ubicación de la trama en un contexto social y político que va a resultar próximo, incluso familiar, para la gran mayoría de los lectores. Son los años de la dictadura posteriores a la guerra civil española y previos al desarrollo industrial. Los años en los que se inicia una profunda transformación de las estructuras sociales y económicas de España, pero en los que persisten arraigados y profundos recelos sobre impensables conspiraciones contra el régimen político, circunstancia nada ajena a la línea argumental de la obra.

“El Manuscrito de la Catedral” no es una novela policíaca al uso. Con marcados matices costumbristas y cargada de trepidante “suspense”, imparte una auténtica lección de cátedra sobre los orígenes y la difusión de la llamada Filosofía del Conocimiento, patrimonio de determinados grupos, en muchos casos antagónicos, con objetivos dispares en otros, pero con el denominador común de estar iniciados en la Verdad Revelada, incluso en el caso de aquellos que son catalogados como intérpretes heréticos y demoníacos de la misma.

Desde su génesis, supuestamente en Mesopotamia, en el seno del pueblo esenio, entre los ríos Tigris y Eúfrates, donde se sitúa el Paraíso Terrenal, la Filosofía del Conocimiento, cumpliendo uno de sus principios fundamentales, fue extendiéndose con el devenir del tiempo por todo el planeta. Primero al antiguo Egipto y, desde allí, al pueblo hebreo que la difundió por Occidente, siempre a través de sus Elegidos, es decir, de sus Iniciados: los auténticos concedores y guardianes de la senda de la Verdad y de la Luz por la que debían conducir al resto de los mortales.

Estos últimos jamás alcanzarían por sí mismos el verdadero Conocimiento ni su Poder asociado que, oculto en su legado como patrimonio de unas minorías elegidas, sería transmitido para controlar el mundo, utilizando para ello misteriosos métodos de naturaleza esotérica y cabalística encerrados en los lugares más insospechados: las pirámides, las catedrales góticas o, quizás, en “El Manuscrito de la Catedral”...

Pedro Sánchez Ferrero  
Profesor de la Universidad de Sevilla



## INICIO

Mateo “El Loco” no podía conciliar el sueño aquella calurosa noche de riguroso verano cartagenero. Echado sobre el camastro sin apenas ropa alguna, literalmente se asfixiaba sintiendo una desagradable sensación de claustrofobia, aún a pesar de tener la puerta y la ventana de la habitación abiertas sin que se estableciera por ello corriente de aire alguna. El escaso viento reinante provenía de tierra adentro, lo que motivaba que en las inmediaciones del puerto, normalmente refrescadas por la brisa marina, hiciese aquella noche un calor verdaderamente insoportable.

—*Joé!* con el Lebechico —masculló “El Loco” en una popular alusión al Lebeche, viento escasamente dominante.

A continuación, saltó de la cama, se vistió únicamente con unos pantalones cortos, pasando al cuarto de estar y cogiendo una mecedora plegada y un botijo para dirigirse a la puerta de entrada. Salió al exterior, desplegando la silla y colocando al lado el botijo, no sin antes echarse al colete un agradable chorro de agua fresca que posteriormente hizo resbalar voluntariamente sobre su tórax para después esparcirlo con las manos por todo su sudoroso cuerpo, mientras gustosamente resoplaba agradeciendo el momentáneo fresco. Sin molestarse en encender siquiera la luz de la entrada para no atraer a los abundantes mosquitos, se sentó en la mecedora, conformándose con la semioscuridad provocada por la penumbrosa iluminación procedente de un viejo farol situado a unos cuantos metros de su vivienda. Encendió un cigarro, inhalando el humo con evidente placer, y se hallaba entretenido en hacer aros poniendo la boca en forma de “o” cuando sintió un ligero crujido proveniente de la vecina Cuesta de la Baronesa, por lo que puso todos sus sentidos alerta y en aquel preciso instante, los vio.

— ¡Ahí están otra vez! —murmuró casi para sí.

Eran tres y subían directamente por la cuesta en dirección a la Catedral Vieja. “El Loco” se quedó quieto, tapando con su mano la

brasa del cigarrillo para evitar que aquella le delatara en la oscuridad de la noche de manera que tan sólo el maullido de un solitario gato asustado por el cercano paso de las figuras encapuchadas le hizo dar un respingo que casi le tira de la silla. Todavía latiéndole el corazón con violencia, Mateo pudo observar cómo el escaso resplandor del farol callejero iluminaba las claras túnicas de los desconocidos personajes que pasaban por la vía adyacente a la que él se encontraba para enseguida perderse de vista continuando su camino hacia el antiguo templo. “El Loco” quedó como petrificado, sujetando con fuerza la mecedora para impedir que ésta produjese el más mínimo ruido y evitando asimismo mover cualquier músculo de su cuerpo a fin de no ser descubierto. Pero al mismo tiempo su eufórico cerebro no dejaba de dar vueltas ni un solo instante: los había visto, los había visto una vez más; por tanto los *encapuchaos*<sup>2</sup> existían, nadie lo podía negar, y él, Mateo, no estaba loco, aunque lo dijese todo el barrio. Ya su padre afirmaba haberlos visto en varias ocasiones, coincidía con cada vez... con cada vez que moría alguien del vecindario, pero él no iba a morir, él no iba a morir porque no le habían visto y sólo morían los que eran descubiertos por ellos... Sin embargo no diría nada, no diría nada porque una vez más nadie le creería... y con ello únicamente pondría en peligro su existencia. Callaría... callaría... callaría y observaría...

## CAPÍTULO I

-1-

El padre Venancio salió aquella tarde a dar su acostumbrado paseo por el centro de la ciudad, haciéndolo por la puertecilla lateral de la iglesia de Santa María de Gracia, la cual daba acceso a la vivienda de los sacerdotes adscritos a este emblemático templo cartagenero. Sin saber muy bien dónde dirigirse, torció a la izquierda al final de la calle, subiendo por la empinada Cuesta de la Baronesa y divisando al final de la misma la Catedral Vieja, o, más propiamente, la catedral de Santa María la Vieja, llamada popularmente así para distinguirla de la iglesia de Santa María de Gracia a la que hemos hecho referencia anteriormente. La Catedral Vieja estaba prácticamente en ruinas desde que un obús cayese sobre su nave principal durante el transcurso de la guerra civil, en uno de los numerosos bombardeos aéreos a que fue sometida la ciudad cartagenera mientras duró el conflicto bélico. El padre Venancio, sin embargo, fue capaz de apreciar, mientras se aproximaba a ella, la dignidad y la antigüedad de la fortificada construcción del siglo XIII que constituyera la sede del Obispado hasta su traslado, junto con la capitalidad, a la localidad de Murcia. La posterior edificación de la iglesia de Santa María de Gracia en el siglo XVIII, con el consiguiente desplazamiento del culto, significó el abandono definitivo de la Catedral Antigua, que olvidando el pasado romano de sus catacumbas de que dan fe las columnas Pretoriana y de los Mártires, se sumió en un ostracismo que sólo los nostálgicos como el padre Venancio fueron capaces de romper.

Éste penetró en el templo abriendo la verja coronada por un arco sobreviviente de claro recuerdo bizantino en contraste con el estilo gótico medieval de su interior, con sus características bóvedas de crucería, o, mejor dicho, lo que quedaba de ellas, pues la bomba que destruyó su nave mayor permitía contemplar, desde el interior, el cielorraso. El sacerdote fijó su atención en la bellísima pila bautismal donde fueran bautizados los hijos del duque Seve-

riano, los famosos Cuatro Santos cartageneros y, posteriormente, se dirigió al Osario, donde eran enterrados en tiempos antiguos venerables personajes pertenecientes al clero y a la nobleza local. Una vez allí, un detalle captó su atención: una de las piedras talladas utilizadas en la edificación de la pared correspondiente a la llamada Puerta del Osario contrastaba ligeramente en su coloración con el resto de los bloques circundantes, teniendo un tinte algo más claro que el de la piedra ordinaria usada normalmente en la construcción, siendo su tamaño también mayor que el de los demás bloques. El padre Venancio se acercó a ella y la tocó, extendiendo posteriormente su mano por los alrededores de la misma, para comparar su textura con las de su entorno. Su tacto parecía, asimismo, más suave, recordando la configuración del mármol o del alabastro, si bien, el ennegrecimiento del bloque por el transcurso del tiempo no permitía asegurarlo.

Cansado el sacerdote debido al esfuerzo de la subida por la empinada cuesta hasta acceder a la catedral, apoyó su espalda contra el bloque en cuestión, sorprendiéndose ligeramente cuando éste pareció ceder suavemente bajo el peso de su cuerpo. Rápidamente se volvió y comenzó a empujar, esta vez ayudado de sus manos, el intrigante bloque. La estupefacción del padre Venancio fue tremenda cuando comprobó que éste se desplazó totalmente hacia el interior, dejando al descubierto una pequeña cripta. Sin pensárselo dos veces, penetró agachándose en ella, encendiendo al mismo tiempo una pequeña linterna de bolsillo que llevaba siempre consigo para deambular de noche por la iglesia, con el fin de alumbrar su interior: se trataba de un pequeño habitáculo que parecía destinado al escondite de los tesoros de la catedral en tiempos pasados, cuando la rapiña y el saqueo eran típicos en el momento en que una plaza era tomada por las tropas enemigas tras una batalla. Quizá por ello la Catedral Antigua había quedado unida al amurallamiento del Castillo de la Concepción, en una pretensión de mejor defensa de la plaza. El olor a humedad en el interior de la cripta era intenso y las telarañas se extendían profusamente por su techo y paredes. En estas últimas existían cavidades destinadas a la colocación de los objetos preciosos apilados de una manera ordenada.

El padre Venancio descubrió, recorriendo con el haz luminoso de su linterna estas oquedades, que un objeto sobresalía ligeramente de una de ellas situada a la altura, aproximadamente, del brazo extendido de un hombre. Se pasó la linterna a la mano izquierda y tanteó en su interior, descubriendo que el mencionado objeto consistía en un cofre de medianas proporciones. Dejando la linterna apoyada en la parte inferior de la cavidad, utilizó las dos manos para bajar el cofre hasta el suelo. Una vez conseguido, tras golpear su cerradura con una piedra, abrió la tapa del mismo, descubriendo en su interior lo que parecían ser pergaminos enrollados y envueltos en cubiertas de arpillera perfectamente ordenadas y clasificadas. A continuación, sacó uno de los pergaminos del cofre y lo desenfundó de su cubierta. A la escasa luz de la linterna pudo leer parte de su contenido, cambiando la expresión de su rostro a medida que lo hacía, hasta que éste adquirió el tinte de la cera.

—¡Dios mío!... ¡No puede ser!... —exclamó.

Una especie de sudor frío recorrió todo su cuerpo, haciéndole estremecerse convulsivamente. De pronto, deseó salir de allí a toda prisa; pero haciendo un gran esfuerzo para serenarse, cerró el cofre, volviendo a colocarlo en su sitio, guardando a continuación el cilindro de arpillera, en cuyo interior había colocado previamente el pergamino que parcialmente leyera, en el bolsillo interior de su sotana, actividad que sirvió para devolverle a la realidad. Tanteó nervioso en la oquedad para recuperar la linterna, dándole en ese momento un golpe involuntario que hizo que aquélla se estrellase contra el suelo en medio de lo que le pareció un gran estrépito. Entonces intentó salir a oscuras de la cripta, pero, presa del pánico, no pudo conseguirlo. Tropezó en varias ocasiones, llevándole su desesperación a comenzar a dar golpes con los puños contra las paredes del escondite... A continuación, un ruido estremecedor le obligó instintivamente a mirar hacia arriba, a pesar de que la oscuridad era total, llenándosele entonces los ojos de polvo mientras multitud de cascotes caían sobre su cabeza produciéndole gran cantidad de golpes, heridas y magulladuras que le hicieron caer al suelo al mismo tiempo que la cripta se derrumbaba sobre él. A gatas y como pudo, logró finalmente escapar de la lluvia de piedras de gran tamaño, pero los

daños sufridos por el padre Venancio en todo su cuerpo eran considerables, por lo que no consiguió, a pesar de emplear todo su empeño en ello, ponerse en pie. Las piernas se negaban a responderle; se sentía destrozado y conmocionado, teniendo que usar totalmente su voluntad para mantenerse lúcido.

Unas voces adolescentes asombradas llamaron su atención y, concentrándose en la visión, el padre Venancio pudo observar borrosamente cómo unos golfillos, intrigados por causa del derrumbamiento, corrían en dirección a donde él se encontraba. El que parecía mayor de los *icues*<sup>3</sup>, llegó primero hasta él, sorprendiéndose claramente al descubrir al sacerdote gravemente malherido y totalmente cubierto de polvo.

—¿Se encuentra *usté*<sup>4</sup> bien, padre?

—No mucho... hijo... mío —respondió, sangrando visiblemente por la boca al hablar—, y a continuación, haciendo un enorme esfuerzo, sacó el pergamino enrollado del interior de su sotana y se lo entregó, diciéndole:

—Llévaselo... a... don Fulgencio Alcaraz... profesor del Instituto... es... muy... muy... importante...

—Descuide, padre, descuide —le tranquilizó el golfillo.

—Vete ya... ¡vamos! —le increpó—. Y, tras este esfuerzo final, el padre Venancio falleció.

-2-

El comisario don Federico Conesa no se encontraba de buen humor aquella mañana. El hecho de la muerte de un sacerdote, coadjutor de la iglesia de Santa María de Gracia por más señas, en extrañas circunstancias, cuyo cuerpo apareció ensangrentado en medio de las ruinas de la Catedral Vieja tras un inesperado derrumbamiento, había determinado que, nada más conocer la noticia asumiese directamente la investigación para descubrir las causas del siniestro suceso. La ciudad de Cartagena constituía a mediados de los años cincuenta una tranquila plaza militar donde las riñas y altercados, que por otra parte se producían casi exclusivamente en el barrio chino del Molinete, lugar donde confluían las dotaciones de todos

los barcos mercantes que cargaban o descargaban en su puerto, aprovechando las horas de ocio para tomar unas copas y echar una cana al aire, eran los únicos acontecimientos que turbaban la paz de sus habitantes, estando, por tanto, perfectamente controlados por las autoridades encargadas de mantener el orden público. La extraña muerte del padre Venancio Marcos constituía un insólito caso no resuelto y había que ponerse manos a la obra con celeridad para aclarar las causas que produjeran el fallecimiento del sacerdote. Por eso, el comisario Conesa se había desplazado hasta la iglesia de Santa María de Gracia a fin de tener una conversación con el padre Anselmo Fuertes, párroco de la misma, y de esta manera obtener información de primera mano acerca de las circunstancias personales, así como de lugar, modo y tiempo que podrían haber tenido influencia en el caso que le ocupaba.

—¿A qué hora salió el padre Venancio de la iglesia, padre? —No le vi salir, pero supongo que entre las seis y las seis y media de la tarde. El padre Venancio acostumbraba a dar un paseo por la ciudad todos los días sobre esa hora.

—Y, ¿sabe usted por qué fue ayer tarde precisamente a la Catedral Vieja?

—Lo ignoro, comisario, pero lo que sí puedo decirle es que el padre Venancio era un enamorado de esta su ciudad natal, siendo un perfecto conocedor de su historia, monumentos artísticos y costumbres locales de todo tipo, por lo que no es de extrañar que se acercara a la Catedral Antigua, como seguro que había hecho otras veces, pues a mí mismo me había hecho comentarios en alguna ocasión sobre la belleza de su localización y de su entorno, sobre su dignidad histórica, así como acerca del halo de misterio en que aparecía envuelto todo lo relacionado con ella.

—Así que el padre Venancio era lo que podríamos llamar un intelectual, ¿no? —dijo en tono despectivo el comisario—, quien, de acuerdo con el régimen político reinante, se burlaba de todo aquello a lo que él mismo no era capaz de acceder.

—Si prefiere llamarlo así...

—No sería rojo, ¿verdad?

—Por favor, comisario, estamos hablando de una persona recientemente fallecida a la que yo apreciaba extraordinariamente,

por lo que le ruego modere su lenguaje. No voy a permitir que en mi presencia, en mi propia iglesia y estando el padre Venancio de cuerpo presente, se veje o injurie su memoria —estalló el padre Anselmo—, harto de las insinuaciones del comisario y recordándole al mismo tiempo quién mandaba en el salón parroquial que ocupaban.

—Perdone, padre, no he querido ofenderle, ni a usted ni a la dignidad del padre Venancio, pero comprenda que..., en fin, que he de realizar mi trabajo.

—Está bien, prosiga, pero, por favor, cuide sus palabras.

—Lo diré de otra manera: usted sabe que la autoridad eclesiástica había amonestado en alguna ocasión al padre Venancio por razón de determinadas opiniones y comentarios vertidos en sus sermones durante la celebración de la santa misa, los cuales habían sido denunciados por algunos de sus feligreses.

—Es cierto; el padre Venancio tenía algunas ideas particulares sobre ciertos temas que, en sentido pastoral, entran dentro de la conciencia privada de cada sacerdote, por lo que el Obispado, a través de un servidor, le recomendó tener una mayor sensibilidad, prudencia y cautela hacia sus posibles oyentes en sus sermones parroquiales y cualesquiera otros actos propios de su ministerio, dejando, claro está, a salvo sus propias ideas personales, que naturalmente forman parte del patrimonio espiritual de cada persona.

La respuesta satisfizo, al parecer, al comisario Conesa, que no hizo mayor hincapié en el asunto, limitándose a cambiar de tema diciendo:

—¿Qué tal era como persona el padre Venancio?

—Pues era una persona muy querida por todos los que le rodeaban; era afable, cariñoso, deseoso de ayudar a los demás en sus problemas y dificultades.

Constituía un trabajador incansable que no cesaba en su esfuerzo hasta culminar cualquier tarea que se hubiese propuesto. Su punto débil lo integraban las personas más desfavorecidas de la sociedad, a cuyas necesidades atendía a cualquier hora del día o de la noche. Su principal afición, como le he dicho antes, era la cultura, en particular la de su tierra natal.

El comisario se pellizcó pensativo el labio inferior antes de continuar con su interrogatorio:

—Una última pregunta, padre. ¿Sabe usted si el padre Venancio había salido a comprar algo en particular la tarde del desgraciado suceso o bien iba a recoger alguna cosa en concreto?

El padre Anselmo acogió la pregunta con una expresión de gran extrañeza, por lo que el comisario se sintió obligado a explicar:

—Se lo pregunto porque unos testigos observaron cómo el padre Venancio entregó antes de morir un envoltorio a un chiquillo que se había acercado a socorrerle, tras lo cual el muchacho echó a correr en dirección desconocida. Estamos tratando de localizar al chaval, pero hasta el momento nuestras pesquisas han sido infructuosas.

—Lo siento, comisario, pero no tengo ni la menor idea acerca de lo que me está preguntando.

—Esta bien, padre, está bien; en ese caso no le molesto más. —El policía pronunció estas palabras mientras se levantaba, y el padre Anselmo hizo lo propio para acompañarle hasta la puerta.

-3-

El profesor Fulgencio Alcaraz se hallaba en su domicilio particular aquella tarde reflexionando sobre los sucesos acaecidos por la mañana en el Instituto. Él se encontraba dando su acostumbrada clase de filosofía a sus alumnos, cuando un bedel irrumpió en el aula comunicándole que un muchacho insistía en verle urgentemente. Al mostrar indiferencia ante el asunto, el ujier le advirtió que el muchacho venía de parte del padre Venancio, el cual había sufrido un grave accidente la tarde anterior en la Catedral Antigua, haciéndole un encargo para don Fulgencio en el momento en que aquél se había acercado a socorrerle. En ese instante fue cuando Fulgencio Alcaraz, conocido por sus íntimos por “Pencho”, había tomado conciencia de la importancia del asunto. En primer lugar, no había tenido conocimiento hasta ese momento del percance sufrido por su gran amigo el padre Venancio, ni mucho menos de las consecuencias que le hubieran podido acarrear el mismo; y en segundo lugar, sola-

mente debido a una urgencia grave, hubiera el padre Venancio actuado de esa manera tan poco peculiar en su forma de proceder, pues lo normal hubiera sido que se pusiera en contacto con él, a través de alguno de sus conocidos comunes para comunicarle el accidente padecido.

Preocupado, pues, por el estado de salud del padre Venancio, Pencho había abandonado el aula para entrevistarse con el curioso personaje que actuaba de mensajero de aquél. Lo encontró en la puerta de entrada del Instituto, un tanto cohibido, pero decidido al mismo tiempo a cumplir con el encargo que le había sido encomendado. La profundidad de sus ojos así lo delataba. Pencho tuvo ocasión de preguntarle qué le había ocurrido al padre Venancio. El muchacho le relató el suceso de la catedral, entregándole a continuación el envoltorio que le había confiado aquél, y que llevaba escondido en el interior de su ajada chaqueta. El profesor le dio las gracias, pretendiendo pagarle unas monedas que el chaval se apresuró a rechazar, alegando que se trataba de un favor personal que le hacía “al cura de Santa María, que era colega suyo”.

Tras despedir al muchacho, Pencho se había acercado al quiosco de la esquina a fin de comprar el periódico y comprobar si traía alguna noticia relacionada con el siniestro padecido por el padre Venancio, descubriendo prontamente que así era. Quedó conmovido por el suceso, pues el diario recogía el derrumbamiento ocurrido en Santa María la Vieja, anunciando al mismo tiempo la muerte del sacerdote.

Esta serie de acontecimientos matutinos había dejado a Fulgencio Alcaraz en un estado de conmoción y bloqueo mental, tales que, no había vuelto a acordarse del cilindro envuelto en una cubierta de arpillera que le entregara el icue en el Instituto. Aquella tarde, en la tranquilidad de su domicilio y una vez asumidos los hechos, se disponía a descubrir qué contenía en su interior el cuidado envoltorio. Con gran delicadeza extrajo el pergamino del cilindro y lo desenrolló, procediendo a leer su contenido con gran interés:

*“Del Génesis se deduce que Dios creó el llamado huerto del Edén al Oriente, junto a los ríos Tigris y Eufrates, es decir, que la Tierra Prometida por aquél a Moisés para conducir al pueblo hebreo, una vez liberado éste de la esclavitud por parte de Egipto, coincide con la descripción que, respecto de sus límites, hace el libro sagrado del llamado Paraíso Terrenal. En el centro del jardín del Edén colocó Dios el Árbol de la Vida, así como el Árbol del Conocimiento, prohibiendo a nuestros primeros padres acercarse a ellos, al no estar preparados para tal evento. El Árbol de la Vida simboliza el elixir de la eterna vida, que se convirtió en una verdadera prioridad entre los alquimistas de la Edad Media al considerar éstos que quien dominase el secreto de la vida dominaría el mundo, pues junto a la transformación de la materia sería posible también la creación del espíritu. Asimismo, el Génesis hace referencia a la región de Evílá, donde había oro puro, segunda obsesión de los alquimistas medievales al tratar de descubrir con todo su empeño la denominada “piedra filosofal”, que todo lo que tocara lo convirtiera en el precioso metal, consiguiendo así el máximo exponente de la transformación de la materia. De esta manera, controlando la materia y el espíritu, de que están compuestos todos los seres, se convertirían en creadores y dueños supremos de todo cuanto puebla la superficie terrestre, y su poder sería inmenso, poseyendo una capacidad total y absoluta de dominar la naturaleza y, por consiguiente, el mundo entero.*

*Pero para ello era preciso haber comido antes la fruta del Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal, esto es, penetrar en los misterios del Conocimiento, para lo que se hacía completamente necesaria una preparación especial de tipo místico, acompañada de años de estudio y meditación de carácter trascendental. Por esa razón expulsó el Señor a Adán y Eva del Paraíso Terrenal, por*

*acceder al fruto prohibido sin haber pasado antes por los niveles necesarios de los llamados conocimiento natural o científico y conocimiento filosófico o esotérico. El Génesis expone de esta forma todo un simbolismo de lo que debe significar una preparación de carácter iniciático, imprescindible para la pertenencia a cualquier Orden de naturaleza esotérica, hermética u ocultista.*

*Por eso Jehová tuvo buen cuidado de tener siempre un Elegido dentro del pueblo hebreo a quién poder transmitir la Verdad Revelada, esto es, aquella parte del Conocimiento o de sus aplicaciones prácticas que consideró necesario comunicarle en cada momento determinado de su evolución histórica. Así, a Noé le dio a conocer la proximidad del Diluvio Universal, a Abraham, la destrucción de Sodoma y Gomorra, asegurándose así, en ambos casos, la continuidad de la línea dinástica de sus Elegidos; a José lo situó en un importante cargo de la Corte Faraónica y, en cuanto a Moisés, hizo que fuera adoptado por la hermana del Faraón para que de esta forma pudieran ambos personajes acceder, gracias a su elevada posición, a los secretos de la Gran Hermandad Blanca, verdadera primera Orden esotérica conocida del Antiguo Egipto. De esta manera, el pueblo judío, o, mejor dicho, sus dirigentes, empezaron a tener contacto con los misterios iniciáticos que era preciso conocer antes de volver a la Tierra Prometida, es decir, junto al jardín del Edén, simbolismo bíblico del estado del Iniciado. Desde allí, esto es, desde el Oriente, el Conocimiento esotérico, irradiaría a todos los lugares del mundo”.*

Al principio, tras leer este texto, Pencho quedó estupefacto. En medio de su confusión, no fue capaz de adivinar las implicaciones que el mismo podía tener. Pero pronto se recuperó de su perplejidad y empezó a pensar con claridad: El manuscrito hacía referencia a la libre interpretación de los textos bíblicos que preconizan las órdenes

esotéricas al anteponer el pensamiento humano a cualquier interpretación de carácter ortodoxo o dogmático. Estaba claro que los pergaminos habían sido escondidos allí por alguna secta secreta de carácter ocultista debido a la persecución que sufría este tipo de asociaciones en el régimen de la Dictadura. El lugar elegido era perfecto, pues la Vieja Catedral, que quedó prácticamente en ruinas como consecuencia de la guerra civil, había sido totalmente abandonada, tapiándose los accesos a sus cercanías por el peligro de derrumbamiento y respetándose una única puerta para entrar en su interior, la cual aparecía permanentemente cerrada e, incluso, se había adosado una pequeña vivienda junto a esta puerta destinada a los guardeses que se encargasen de la vigilancia y cuidado de los restos del templo; por lo que era sumamente improbable que alguien pudiera hacerse con los documentos. Sólomente la casualidad quiso que un entusiasta de los monumentos cartageneros, cual era el padre Venancio, diese con el manuscrito y, al darse cuenta de la importancia, unida a la peligrosidad del hallazgo, resolvió seguramente esconder una muestra del mismo para, posteriormente, comentarlo con su amigo Pencho, compañero de confidencias y discusiones sobre temas filosóficos y esotéricos en general, con el que había compartido tantos y tantos momentos departiendo sobre este tipo de materias. Pero el destino quiso que el padre Venancio accediese a un lugar ruinoso del templo, y los muros debieron derrumbarse al dar aquél algún paso en falso o cometer cualquier imprudencia inadvertida, debido al estado de euforia causado por su reciente descubrimiento. Entonces, dándose cuenta aquél de la gravedad de las lesiones que le causara el accidente, decidió hacerle llegar la prueba que constituía el pergamino de la única manera que se le ocurrió en aquellos momentos, es decir, a través del chiquillo que en aquel instante se acercó a auxiliarle y que le había visitado aquella mañana en el Instituto, con el fin de que él, Fulgencio Alcaraz, prosiguiera las investigaciones que el infortunio no había permitido que realizaran juntos.

Pero, ¿existían más documentos aparte de aquél que en estos momentos tenía delante de sí? —continuó Pencho con su línea de pensamiento— ¿No habría querido indicarle el padre Venancio con

su gesto que en la antigua catedral había escondido un auténtico filón de aquellos documentos y que él era la persona indicada para rescatarlos y sacarlos a la luz? ¿O, por el contrario, el pergamino que se hallaba en su poder era el único superviviente de toda una serie de ellos que la guerra civil se había encargado de destruir? Cualquiera respuesta a estas cuestiones no constituiría más que una pura y simple conjetura, por lo que Pencho las desechó de su mente, considerando que, en cualquier caso, su primer paso debería consistir en asegurarse de si existían más documentos, y para ello debería comprobar “in situ”, es decir, en el interior de la Catedral Vieja, que esto era así. Pero podría darse también la circunstancia de que el volumen del número de pergaminos fuera abultado, por lo que debería ir provisto de un vehículo en que poder cargarlos a tal fin. Inmediatamente pensó en su amigo Ramón como la persona idónea para este me-nester: poseía una flota de camiones en su negocio de transporte que le sería de gran utilidad en este caso y, además, podía contar indiscutiblemente con su discreción. Inmediatamente decidió ir a visitarlo.

-4-

Ramón Aguilar era un joven empresario dueño de un negocio de transporte en las cercanías de la Lonja, que había compartido con Pencho su niñez estudiando el bachillerato conjuntamente en el colegio de “La Sagrada Familia”, conocido popularmente como “Los Hermanos Maristas”. Pronto se había dado cuenta de que la vida colegial no se había hecho para él, puesto que dotado de un carácter activo y emprendedor lo que realmente deseaba era hacerse cargo cuanto antes de la empresa de su padre, así que, enseguida, abandonó sus estudios para dedicarse de lleno al negocio familiar. Su amistad con Pencho, sin embargo, continuó, pues a pesar de ser muy distintos en sus preferencias de ocupación en la vida, ambos eran acreedores de un carácter alegre y jovial que los había convertido en compañeros inseparables de fiestas y diversiones en su temprana juventud. Posteriormente, Ramón se había casado con Laura, con la que ya había hecho buenas migas en la pandilla de la que todos ellos antaño formaran parte, mientras que Pencho permanecía sol-

tero, a pesar de su noviazgo con María José, hija del comisario Federico Conesa del que ya hemos hablado anteriormente, y a la que aquél había conocido más tarde, cursando sus estudios de Filosofía y Letras en la Universidad de Murcia, facultad en la que Pencho había obtenido el doctorado “cum laude” y en la que María José continuaba todavía su cuarto curso de licenciatura.

Fulgencio Alcaraz entró en el local de la empresa admirando el ritmo de trabajo que en ella se advertía, pues mientras unos camiones entraban por una de las puertas de la misma a fin de organizar los bultos que portaban, otros ya salían por otra para repartir los paquetes y enseres que un grupo de trabajadores se ocupaba en cargar. Aunque la actividad era febril, no faltaba el buen humor entre el personal del negocio, pues no en vano casi todo estaba constituido por familiares de Ramón Aguilar que éste había ido contratando a medida que la empresa prosperaba, dándole así al negocio un aire y estilo peculiares, muy similares a la personalidad de su dueño, jovial pero responsable al mismo tiempo. Pencho no pudo evitar comparar este ambiente con el que recordaba de su época de colegial, cuando al salir de clase acompañaba a Ramón a visitar al padre de éste, el cual, bastante desocupado, les ofrecía siempre alguna cosilla para merendar. No cabía la menor duda de que el negocio había crecido, pasando de ser una mera actividad para subsistir, propia de la pos-guerra, a constituir todo un modelo de empresa moderna y dinámica. Y es que España estaba empezando a salir a flote después de los años de miseria y privaciones que recientemente había padecido.

Pencho saludaba aquí y allá, ora con el brazo, ora a base de palmaditas en el hombro a tal o cual trabajador a medida que iba cruzando el local de negocio hasta llegar a las escaleras metálicas que conducían a las oficinas administrativas, que estaban construidas en lo alto de la nave. Una vez arriba, observó que tras una puerta de cristal, inmersos en papeles, se encontraban Ramón Aguilar y, frente a él, su mujer, Laura, la cual desempeñaba las funciones de contable y secretaria al mismo tiempo, pues era una persona bastante celosa de las intimidades del negocio común, no permitiendo en ma-

nera alguna que una tercera persona tuviera acceso a las interioridades de la empresa, a pesar de que podría seguramente permitírsele, desde el punto de vista económico. La expresión de Ramón cambió cuando vio llegar a su amigo, levantándose inmediatamente de su asiento para recibirle:

—Pero bueno, ¡qué sorpresa! Si es el mismísimo don Pencho Alcaraz.

—¡Sí señor! El mismo que viste y calza.

Ambos amigos se fundieron en un abrazo mientras Laura les observaba sonriendo.

—Y, ¿qué le trae por aquí al profesor más juerguista de Cartagena?

—Cuidado, que las paredes oyen —Pencho hizo un gesto significativo de silencio llevándose el dedo índice a los labios y los dos prorrumpieron simultáneamente en una sonora carcajada—, que poco a poco fue apagándose a medida que la expresión del rostro de aquél iba cambiando pensando en la manera de exponerle a su amigo el verdadero motivo de su visita, pues no quería inmiscuirle más de lo necesario en el oscuro asunto que tenía entre manos.

—Vengo a pedirte un favor, Ramón —confesó Pencho, yendo al final directamente al grano en lealtad a la gran amistad que les unía.

—Eso está hecho —dijo el otro correspondiendo a la sinceridad de su amigo, quién sonrió al conocer de antemano la respuesta de Ramón—. Y bien, tú dirás...

—Necesito una camioneta para hacer un transporte...

—Dime dónde y cuándo, y allí estaré.

Pencho admiró de nuevo la camaradería de Ramón, quién sin hacer una sola pregunta estaba dispuesto a ayudarle en lo que fuese. Sin duda no se había equivocado de persona.

—Debe de ser esta misma noche —aclaró.

—A las diez, paso por tu casa a recogerte —acordó Ramón, dando por concluido el tema.

Y a continuación pasaron a hablar de otras cosas, siempre referidas a los viejos tiempos, conversando ambos amigos durante un buen rato antes de despedirse hasta la noche.